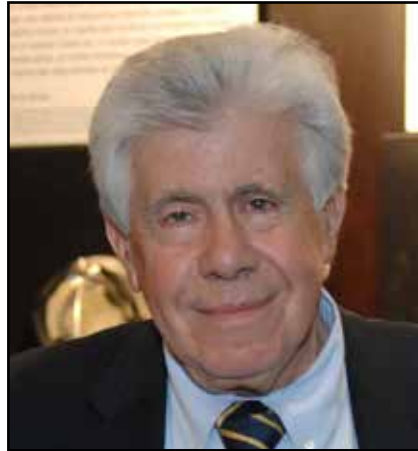


Daniel Cardinali

por Diego Golombek

Uno nunca sabe que tiene un maestro... hasta muchos años más tarde. Pero todo llega, y al analizar decisiones, formas de encarar la ciencia, éticas o divergencias, de pronto uno se ve reflejado en la imagen de los que lo formaron, lo guiaron y le hicieron ver al mundo con otros ojos.

Eso es para mí, y me atrevo a decir que también para muchos otros de sus discípulos, Daniel Cardinali. Lo conocí de lejos en un congreso, cuando buscaba alguna señal que pudiera relacionar con mi interés por “el tiempo del lado de adentro”, allá en mis primeros años de la universidad. Confieso: en ese momento no entendí demasiado de qué se trataban esas historias de la noche, de las hormonas, de los receptores... pero allí estaba *el tiempo*, sin duda, y terminó de atraparme. Claro, no era para menos: al poco rato me enteré de que Daniel era “la” eminencia en el tema, que venía persiguiendo a la pineal desde hacía años – literalmente, como cuando durante su doctorado perseguía patos a los que les tapaba la cabeza para impedir la llegada de la luz – y que era considerado el experto mundial en la melatonina y sus circunstancias (entre las que afortunadamente se encontraban los relojes y calendarios biológicos). La pineal, nada menos: la sede cartesiana del alma, el tercer ojo, el *ajna-chakram*,



el órgano perdido dentro del cerebro al que costaba encontrarle una función. Porque ¿qué hace un órgano impar, calcificado, extraño, allí en medio del sistema nervioso central? El descubrimiento de su rol en la reproducción, en la sincronización interna y, más cercanamente en la salud y la calidad de vida ha sido una verdadera aventura de la ciencia y del pensamiento, y allí estuvo Daniel como primer aventurero, como un Indiana Jones en la vanguardia de los que develan los secretos de la naturaleza. Su tarea de detective fisiológico no dejó aspecto por investigar: el transporte de la melatonina, sus receptores, su metabolismo. Pero también, no olvidando su formación como médico, su potencial (y real) uso clínico, tanto como ajustador de las agujas del reloj biológico (cronobiótico) como su rol en la regulación del ciclo de sueño y vigilia o, de manera más general, el aprovechamiento de su potente actividad antioxidante en una

gran variedad de aplicaciones.

Así, las bases estaban más que sentadas para que un joven cronobiólogo pudiera despacharse a gusto buscando el tiempo interno, con una libertad asombrosa, pero siempre con la guía o la palabra justa como para encauzar las ideas desparramadas en el camino. Quizá sea justo decir que los investigadores, en general, no solemos ser descubridores: no tenemos raptos de inspiración repentina que resulta en un descubrimiento, en una noticia. Por el contrario, somos constructores de historias, que se van montando unas sobre otras; muchas de historias son la herencia de nuestros maestros, que a su vez las recibieron de sus propios maestros y, entre todos, intentamos ir agregando capítulos, detalles y nuevos personajes a esta gran trama de la ciencia.

¿Y cómo fue trabajar con Daniel? Fue, sin duda, un verdadero aprendizaje: a pensar y repensar preguntas, a mirar y exprimir los datos hasta que nos contaran algo inesperado, a pasarnos noches en el laboratorio en busca del tiempo perdido en el reloj biológico. Aprender, también, a seguir construyendo esa historia interminable. Como corresponde, tuvimos nuestras (sanas) desavenencias pero eso, como descubrí mucho después, también era parte de aprender a moverse en la ciencia, de

robarle detalles escondidos al mundo, al cerebro, al tiempo.

Años más tarde, el maestro nos

convirtió en colegas (y, de nuevo, hablo por muchos de sus discípulos)... pero no dejamos de seguir aprendiendo. Por eso vale la pena

destacarlo y reconocerlo hoy, que sigue tan activo como siempre (¡o quizá más que siempre!). Por eso al maestro, con cariño.